

AGUSTÍN FERNÁNDEZ PAZ, *O rastro que deixamos*, Vigo, Xerais, 2012, 240 pp.

MARIO PAZ GONZÁLEZ  
I.E.S. Astura

La trayectoria de Agustín Fernández Paz podría citarse como una de las más destacadas entre los autores españoles de literatura infantil y juvenil. Autor prolífico, con más de treinta títulos a sus espaldas –algunos tan conocidos como *El centro del laberinto*, *Corredores de sombra*, *Cuentos por palabras*, *Lo único que queda es el amor*, *Aire negro*, *Noche de voraces sombras...*– tiene el mérito añadido de que, escribiendo en gallego, sus obras han traspasado fronteras, siendo traducidas a más de veinte lenguas diferentes. Además cuenta en su haber con un amplio número de reconocimientos entre los que destacan, por citar sólo algunos, el Premio Nacional de Literatura Infantil y Juvenil, el Premio Iberoamericano SM, el premio Merlín de literatura infantil, el Premio Lazarillo, el Edebé de Literatura Juvenil, la nominación al Premio Hans Christian Andersen o el reconocimiento a su trayectoria con

el título de Doctor Honoris Causa por la Universidad de Vigo.

Sin embargo, y aunque pudiera leerse como tal, *O rastro que deixamos* [*El rastro que dejamos*] no es un libro de ficción, o no completamente, como nos tiene acostumbrados su autor, sino una compilación de textos de origen heterogéneo (conferencias, ensayos, pequeños relatos...), algunos de ellos inéditos, agrupados en dos grandes bloques (“Los paisajes de la memoria” y “El oficio de escribir”), pero que, de alguna manera, tienen como núcleo común la memoria. La memoria vital y la memoria literaria.

En la primera parte pueden encontrarse fundamentalmente textos autobiográficos sobre la infancia y la niñez del autor, pues, como él mismo recuerda, las novelas se escriben “con los hilos de la vida”. En la segunda el lector puede apreciar el gran amor de Agustín Fernández Paz hacia la palabra, traducido esto en una desbordante pasión por la escritura y por la lectura.

Así, a través de los diversos escritos y con el mismo pulso firme y la misma voz clara que encontramos en sus novelas, Fernández Paz rememora su pasado, sobre todo su infancia en un mundo, que ahora puede parecer tan lejano, pero que, sin duda, fue mucho más pobre y mucho más duro de lo que es hoy. El mundo de los niños que vivieron aquellas primeras décadas de la posguerra. Recordando aquel tiempo de formación y aprendizaje, el autor nos habla del descubrimiento de los libros, sobre todo de los pocos, pero maravillosos, que su padre atesoraba en

una pequeña balda de la casa; recuerda la Escuela Graduada en la que él estudió y adonde llegaron en los años cincuenta “unas grandes latas cilíndricas que contenían mantequilla o queso y unos enormes bidones de cartón prensado llenos de leche en polvo” procedentes de la ayuda americana; o nos relata el viaje que hizo con su padre, trompetista de la Orquesta Mato, para ver por primera vez el mar. Pero Fernández Paz habla en este libro de mucho más, habla del hambre de ficción que, en su caso, no podía calmarse sólo a través de los libros, pues no siempre estaban al alcance de cualquiera, sino incluso, afortunadamente, gracias a los cómics –o tebeos– que intercambiaba con los otros niños, a la radio, a las conversaciones de los mayores y, siempre, al cine de su pueblo, eternamente evocador de sueños.

Sin dejar de lado el núcleo central de la memoria, en la segunda parte encontramos una profunda reflexión, precisamente, sobre esa necesidad de historias, primero de conocerlas y después de crearlas. No en vano recuerda el autor, ya al inicio del libro, que “aunque construyo mis historias con materiales tomados de lo que pasa a mi alrededor, no puedo olvidar que todos los hilos con los que acabo componiendo los relatos tienen su origen en mi infancia”.

Como clara muestra de la fascinación adictiva que siente por la ficción, es preciso recordar que cada una de las dos partes que componen el volumen se cierra con unas páginas narrativas. La primera lo hace con dos relatos, «La mirada de Clara» y «Cuando nacen las estrellas»,

mientras que la segunda termina con un peculiar e irónico “cuento por palabras”, que homenajea a una de las primeras obras del escritor. Este relato lleva por título «Reflexiones sobre la precariedad laboral».

El libro termina con unas palabras de su editora y traductora, Isabel Soto, en las que explica a sus numerosos lectores la necesidad de reunir en varios volúmenes la ingente cantidad de textos más o menos teóricos y más o menos biográficos que han sido elaborados a lo largo de los años por Fernández Paz, pero que no habían sido recopilados, hasta la fecha, en formato de libro. También se nos aclara que el presente volumen forma parte de un conjunto que completarán dos más, uno sobre la lengua gallega y la lectura y otro sobre algunas de las pasiones nada secretas de Fernández Paz, como el mundo del cómic.

Una suerte de optimismo y de pasión desbordante y contagiosa por la vida y la literatura llenan por completo las páginas de este libro en el que el autor nos habla de su trayecto vital y de su escritura. Gracias a la claridad de sus ideas, sabemos que para Agustín Fernández Paz la nove-

la juvenil no es más que, parafraseando a Rodari, aquella que pueden leer también los jóvenes, pero que no está vedada a los adultos, ni mucho menos.

En una de las fotos que –junto a algunas ilustraciones del dibujante Migue-lanxo Prado– se incluyen acompañando al texto podemos ver al propio autor cogiendo con sumo cuidado unas bolas de masa que se van convirtiendo en sus manos en láminas casi translúcidas que, al contacto con el aceite, se transformarán en las conocidas orejas de Carnaval. Parece hacerlo con una concentración severa y, al mismo tiempo gozosa, como un artesano antiguo sumido en el ejercicio de su propia destreza, a lo mejor consciente, como dice el texto que acompaña a la foto, de que es “transmisor de un saber que viene de lejos” y que pasará “a través de mí”. Y, aunque está hablando en términos culinarios, resulta casi imposible no pensar que, consciente o inconscientemente, podría estar haciéndolo también de la memoria y de su amor por la palabra y por la literatura, ese otro saber del que es un transmisor privilegiado, afortunadamente para los lectores.

